

dad natal de Carrera, está, justamente, sobre la línea de frontera, en el límite de lo que podríamos llamar la «filiación» argentina) tuvieron su descendencia, y ahora un nieto de aquellas sicilianas busca en la memoria de las *canzonette* y las *filastrocche* la verdadera poesía argentina. Pero no ya poesía popular, sino al contrario: la poesía «culta» más elevada, la que alcanza su momento sublime encaramada en los pilares de esa precisa habla del país.

–No creo que sea exagerado decir que en la poesía argentina ésta es la época de –entre pocos más– Arturo Carrera. Cuando vos empezaste a escribir, ¿era la época de quién, en Argentina? ¿Y fuera de Argentina?

–Tu pregunta me hace pensar en el *Carnaval en la playa*, de James Ensor. Durante mucho tiempo, ese cuadro fue uno de mis preferidos. Lo tuve muy cerca de mí, y lo interrogaba, trataba de preguntarle qué venía a decirme, qué quería de mí, por qué me conmovía. Un día imaginé que yo veía allí, en su figuración discreta, en los colores, en esas máscaras cuarteadas por la luz obsesiva del verano en la playa, a la exigua comunidad de mis lectores.

Muchos poetas tienen este tipo de obsesiones. Mallarmé llegó a anotar en su *Libro inconcluso*, con números delicados, una cifra que podía contener a sus improbables lectores; y hay mil otros ejemplos más. De modo que mis lectores están ahí, mi época está ahí, en esa playa trabajada por la arena de la pesadilla. Son jóvenes, sí, estoy seguro; y hay niños también, de eso no cabe duda. Pero ¿qué vienen a decirme, esos lectores, de esta época? Sin duda, que yo no existo, salvo en esa bruma que todo lo lija y alisa. Que soy parte de esa bruma en esos que hacen los espejismos. Pero que detrás de esa pintura, de esos niños y viejos y mujeres pintados pero muy comidos por el viento y la sal, hay, afortunadamente, presencia. Le debo a San Juan de la Cruz, y a Pasolini, y a Bonnefoy, esas palabras todavía de hoy: la dolencia de amor en este mundo –en este fin de siglo– no se cura, sino con la «presencia» y la «figura».

Poco a poco, para mí, esas palabras se han transformado en *maîtres-mots*, en palabras, como decía Paulhan, que pasan a ser el pensamiento central de quienes las pronuncian. ¿Tengo derecho a apropiármelas? ¿No es acaso en la atracción, en el afecto hacia esa invisible pero soñada comunidad de lectores –presencia, figura– donde produzco mis propios *maîtres-mots*? ¿Mi *maître-mot* cuál sería sino infancia, resistencia o persistencia en la indeterminación para este mundo, para esta pesadilla climatizada?

Pero tu pregunta insiste. Quiere que yo vea a mis improbables lectores y además imaginar cómo verían ellos a su poeta preferido. Cada lector,

supongo, ha de tener su poeta en una época dada. Cuando yo tuve dieciocho años y fui desde mi ciudad natal que se llama Pringles, donde leíamos a Vallejo, a Lorca y a Neruda, hacia Buenos Aires, donde se leía mucho a Girondo, a Huidobro y a los surrealistas en general, tuve amigos que preferían a Girri, a Cernuda y a Pizarnik, que yo adopté como mis preferidos. En los setenta se leyó mucho a Juan Gelman, poeta que ahora yo leo con admiración. ¿Pero hay un solo poeta que se lea en una determinada época, o más bien segmentos de épocas, con sus lectores como franjas de pintura cuarteada, que leen segmentos o vidas de poetas con sus afectos infinitos, sus máscaras?

*—¿En qué momento conociste la poesía de Juan L. Ortiz? ¿Lo conociste a él personalmente? ¿Lo reconocés como una influencia importante?*

—Juanele es otro caso extraordinario —no lo conocí personalmente, pero lo empecé a leer de adolescente, y me influyó—, sí. Puesto que si la poesía escrita puede ser un empirismo, es decir una sintaxis y una experimentación constantes dentro de no importa cuáles límites, podemos imaginar a Juanele Ortiz como la experiencia de lo imperceptible, de una pragmática de lo imperceptible. Y eso me gusta. Él veía todo, pero se había vuelto imperceptible. Su «empirismo» lo había llevado a atravesarlo todo como el viento; pero para decirlo de un modo más directo: se había vuelto gato, tenía, como dice Deleuze, entre sus devenires, un devenir gato; aunque también fue un régimen de ríos, con sus deltas, sus afluentes, las islillas, las arenas, las florcitas, las cañas... Y estuvo años en esa potencia imperceptible, amando lo que lo rodeaba, adorando esos gatos, esas arañitas que tejen en sus poemas los diminutivos, y era leído sólo por la comunidad de sus lectores, amigos que lo cuidaban desde lejos, como en ese aforismo de Foucault: «pensar que alguien está solo es rezar por él». Y ahora lo descubren. Enhorabuena; es un poeta único y hay que descubrirlo cada vez, y leerlo, y darlo a leer a los amigos.

Pero lo que vos querés saber es si yo lo leí, y cómo. Debo reconocer constantemente su fuerza, que al leerlo, multiplica en nosotros la afirmación de una alegría, de una presencia esperanzada, incontenible, que convierte nuestro pensamiento en algo que no se reduce a la conciencia. Por eso, para pensar las variaciones prismáticas de la naturaleza, de esa naturaleza que recibimos y que tanto nos toca, hay que leer a Juanele como para indisciplinarnos. Porque con su misterioso rigor atrae una alegría profunda, casi inalcanzable; pero que nos hace vibrar y vivir esa eficacia de la poesía sin dejar de mostrarnos el dolor, la injusticia incluso, el pliegue de oro de cier-